

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## DESCUBRIMIENTOS

# EL MEDITERRANEO Y SU POSTAL

**PUEDA** que sea una tontería «descubrir mediterráneos». No lo sé. En todo caso, no podía serlo «descubrir el Mediterráneo». Y el acontecimiento resulta históricamente verificable. Fue, sin duda, obra y gracia de un inglés o un alemán, escritor por necesidad, y ya contaminado con gérmenes de romanticismo. ¿Pongamos Goethe? No importa, en definitiva. La operación, una operación de este alcance, no podía ser cosa de una sola persona, por muy genial que fuese. Pero la lista merece tan insignificante encabezamiento: Goethe. A su zaga, o cada cual por su cuenta, los demás. Tres ingleses, en principio: Shelley, Keats, Byron. ¿Y quizá convenga invocar a Hölderlin como precursor? Hölderlin no tuvo ocasión de ver con los ojos de su cara el mar erudito y lírico que bulle bajo sus versos: el Mediterráneo era un acto de fe, meramente libresco. Goethe ya hizo su viaje a Italia. Y los ingleses en cuestión buscaron y hallaron por estos litorales aventura, paisaje, retórica, e incluso alguno de ellos la mismísima muerte. Luego, o a la vez, se sumaron otros. Antes de sus incursiones y de su literatura, el Mediterráneo no existía. No existían el Partenón ni Sócrates, ni los Césares de Roma, ni Rafael ni los Médicis, ni agua ni arena, ni olivos ni vides. Ellos empezaron a «inventarlo».

Si se quiere una fecha aproximada, yo pondría el momento en que quedó perfecta la «Oda a una urna griega». Es un punto de partida, si no indiscutible, significativo. El Mediterráneo había sido hasta entonces, una jofaina con bordes abigarrados. Constituía un mundo feroz, de filósofos, mercachifles, condottieros, hetairas, judíos, otelos, papas, artistas, esclavos, aristófanos, corsarios, santos, oradores, tiranos, ulises, bandoleros, sibilas... No hace falta agotar el repertorio, creo. ¿Como en todas partes? Desde luego, no. La emanación humana de estas costas se distinguió, en sus buenos tiempos, por la espléndida violencia de la actividad que desplegaban. Todavía hoy constituyen materia de pasmo y de monografía y hay tela cortada para rato. Los románticos «hiperbóreos» —más o menos hiperbóreos— se encargaron de dar a todo aquello una nueva «entidad». Ellos fueron los primeros extranjeros que nos visitaron con ánimo de contemplación. Sus predecesores sólo vinieron como invasores, como comerciantes o como peregrinos: vinieron y se fueron —algunas pandillas

se incorporaron definitivamente a la demografía local— sin enterarse de lo que veían. Los indígenas, en efecto, no nos podíamos ver a nosotros mismos en una perspectiva de conjunto. Era imprescindible el observador de fuera. Y ahí radica el «descubrimiento».

De todo hubo en la viña del Señor. Unos llegaron con las antiparras de las Humanidades clásicas puestas sobre la nariz, y deslizaron su curiosidad hacia ruinas y fantasmas: la «urna griega» y otras arqueologías no tan sublimes. Otros acudían al panorama deslumbrante: mitad exótico mitad amable por las relativas delicias del clima y del balneario. Unos terceros olisqueaban en el turbio pintoresquismo suburbano o rural. Henri Beyle, por ejemplo, puso su pasión en las arias de ópera y —sin mucho éxito— en las damas de Milán. A Byron le dio por jugar a la guerrilla contra los turcos, en una Grecia que ya ignoraba a sus dioses y a sus héroes. Los mirones que bajaron a la Península Ibérica iban a la caza de truculencias, y volvieron la espalda al mar: permanecían en su área de influencia, con todo. La señora Sand, que arrastró a Chopin hasta Valldemosa, confundió las suaves colinas de Mallorca con unas cualesquiera «Cumbres borrascosas» posibles. No la podía evitar. Nadie podía evitar su prejuicio. El común denominador, sin embargo, iba tomando consistencia: el Mediterráneo cobraba, a través las plumas turísticas, un aspecto coherente. Los habitantes del lugar nunca habían soñado en ello. No nos considerábamos «unos» y, a la vez —en tanto que «unos»— «diferentes».

Algo de eso perdura, aún, sofocadamente trivial, en el fondo de la atracción que, durante los veranos con «vacaciones pagadas», ejerce el Mediterráneo de nuestros días sobre las multitudes de tierra adentro o vecinas de otros mares. La pequeña mitología de los vuelos chárter y de los campings descansa sobre un ilustre almohadón de literatura que nadie —entre los usuarios— ha leído. Por supuesto, no es imprescindible leer, ni siquiera saber leer, para impregnarse de «literatura». Los tópicos encuentran siempre un sistema capilar de transfusión, increíblemente eficaz, cuyas consecuencias sorprenden al más pintado. Las manadas mesocráticas que invaden el Mediterráneo en julio y agosto acuden al sol y a la playa dócil: razones de higiene y de precios las traen. Pero también intervienen otros factores: conocer

monumentos, catar un condomio con ajo, o una fritura, comprobar eso del «latin lover», y más trucos. Detrás de eso se ve a Goethe, a Shelley, a Stendhal, a Marimée... La romería de los intelectuales no ha cesado. Siguen viniendo a chapuzarse en la bañera lustral de Citera: no hay un palmo —un kilómetro, ¡vaya!— de orilla sin un pintor, un poeta, un novelista, un compositor, un metafísico, un sociólogo, procedentes de sitios remotos. Los clientes de rulota y de apartamento alquilado, de la hostelería menor, son funcionarios, obreros cualificados, gerentes de algo, médicos, ingenieros, que nunca conocieron a Goethe o a Keats más que de referencias. Pero hojean el periódico, ven la tele, oyen la radio...

Los papeles que acerca del Mediterráneo han emitido los forasteros han servido, de rechazo, para que la gente autóctona haya tomado conciencia de su calidad «mediterránea». «Le Cimetière marin» es un bellissimo perifoneo mediterráneo, de los que alegran las pajaritas a cualquier escéptico nativo: «la mer, la mer, toujours recommencée», «un long regard sur la calme des dieux», «eau sourcilieuse», «temple du temps», «Zénon! Cruel Zénon!, Zénon d'Elée!», «le vent se lève», «il faut tenter de vivre!...» Paul Valéry nació en Occitania y era de familia italiana: aunque escribiera en francés, ¿se quiere algo más «mediterráneo» que un italiano-provenzal? No es un caso extremo, aparte la impia grandeza del poema: poco o mucho, la mayoría de los pobladores del Mediterráneo sienten ahora un vago «patriotismo» ligado al mar, sin precedentes. Mendigos como somos, camareros permanentes, proveedores de mano de obra barata para las fábricas teutonas o anglosajonas, nos ha caído del cielo este pequeño orgullo geográfico. No del cielo: de Valéry, pasando por Goethe, y valga la caricatura. Es un orgullo clandestino, cínico y sin veleidades agresivas. «Ellos» pagan, y mandan, y les servimos para ganar el duro bíblico, llamado «pan». Pero la perplejidad y el sarcasmo alientan el gesto servicial. «Ellos»...

Los griegos antiguos les llamaban «bárbaros», y la palabra pertenece a las reacciones vividas de la pobre muchedumbre mediterránea. ¿Qué era Goethe? sino un godo, un vándalo o un alano? «Bárbaros» son ellos: los escitas, los eslavos, los godos, todos los demás, vengan de donde vengan, de París, de Kansas, de Londres, de la Escandinavia pri-

mitiva, de... La aprensión data de siglos, y de los helenos se extendió hasta el ricón más rupestre del mar. Y se extendió, paradójicamente, con la ayuda de los «bárbaros» plumíferos que ya he relacionado, y los demás, Thomas Mann o Henry Miller, Durrell y Nietzsche, Pound y Hemingway, Alex Munthe... La fascinación del Mediterráneo sobre éstos y otros individuos —Venecia y sus epidemias, un periplo en Grecia, los trágicos griegos o los trovadores de lengua de oc, las guerras europeas, un hospital de animales o los casinos para tahúres de alto copete— ha dado mucho de sí. Una leve reflexión traduce el saldo en términos divagatoriamente propicios. Y repito, porque se repite aquí también la maniobra, no es necesario leer. En este caso, basta cumplir un oficio cualquiera, que tenga a «ellos», a los «bárbaros», como dueños y señores.

«Hoy llegan los bárbaros...» El poema —vamos de poema en poema, ¡ay!— es de Cavafis. Permite una nueva pista a la divagación. Cavafis fue un gran poeta: griego, además. Le tradujo Carlos Riba, aconsejado de Gabriel Ferrer, pero Riba era tímido y puritano, y escamoteó a su público los amores sospechosos de Cavafis, con lo que nadie —a través de Riba— puede entender, en catalán, a Cavafis. «Hoy llegan los bárbaros...» El poema de don Constantino es de tema retroactivo y de una singular ambigüedad histórica. Haría falta mucho espacio y bastante tiempo para comentarlo como es debido. La broma de Cavafis, en resumidas cuentas, se reduce a que, al final, los bárbaros no llegan. «Gentes recién venidas de la frontera afirman que ya no hay bárbaros». Y el griego, presunto griego solónico, o simplemente alejandrino, exclama: «¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?» Cavafis acaba con un rasgo derrotista: «Esos hombres traían alguna solución, después de todo». ¿Quién no ha pensado así, alguna vez, sea cual fuere el concepto de «bárbaro» a su alcance?... Pero ¿es una «solución», la de los bárbaros? Los bárbaros, hoy, manejan la cibernética, nos colocan electrodomésticos, controlan nuestro bolsillo... ¿El Mediterráneo? Al final de trayecto uno no sabe a qué atenerse.

Joan FUSTER

## ESE ASUNTO DEL...

# TURISMO

¡BIEN! Ya los tenemos de nuevo. Me refiero a los turistas, lo que infinidad de veces he calificado de pacíficas manadas, dicho sea sin intenciones peyorativas. El fenómeno no por repetido deja de asombrar cada vez que se medita en ello.

¿Asombrar...? Una mente lógica nos diría que el turismo no tiene nada de asombroso. Turista, viajero, visitante, es alguien que una vez al año, aprovechando sus ahorros, se sacude de encima la rutina cotidiana y hace algo «diferente». El turismo, de una forma u otra, ha existido siempre. Lo practicaban los ricos, la clase media elevada, con ingresos suficientes o la necesaria cantidad de «snobismo». Lo que sucede ahora es que el turismo es masivo, han accedido a los viajes grandes masas que hace cuarenta o treinta años no podían hacerlo. El coche, las fronteras accesibles, un cambio favorable y un buen clima, sin despreciar las bellezas geográficas y los tesoros artísticos, caminos son todos que llevan a una decisión final. Primero fue Italia, ahora es España, posiblemente Yugoslavia, Grecia, Marruecos, sean los países del futuro.

Pero todo ello no es suficiente. El fenómeno está ahí, insalvable, esperando un examen concluyente que, a mi juicio, todavía no se ha realizado. Por lo menos literariamente. Se diría que los intelectuales, como antes hicieron con otros tópicos —cine, deportes, toros— desprecian el tema. ¿Por qué? No lo acabo de entender bien. Pensemos despacio. ¿Cuántas novelas se han ocupado en los últimos años del fenómeno social que el turismo significa? Contemos: Manegat, Nâcher, Palomino y... lo siento, no recuerdo más en estos instantes. Posiblemente alguien pueda citarme cinco o seis nombres más. Pero incluso así, no son suficientes. ¿Es un gran tema que estamos desaprovechando? ¿Es un tópico que rehuimos? ¿Algo que desconocemos en todas sus facetas? ¿Algo que nos irrita sin saber exactamente la causa?

¿Nos irrita que muchos miles de millones hayan venido a salvar una economía por lo demás bastante precaria? ¿Nos fastidia los encarecimientos de la vida que el turismo supone? ¿Nos descorazona el no poder competir en la misma medida? Recibir turistas y exportar trabajadores parece indicar subdesarrollo. Lo grato, naturalmente, sería lo contrario. Parece existir cierta

relación entre turismo y país atrasado. Se supone que el país atrasado es pintoresco, el clásico diamante en bruto que primero descubren unos miles de atrevidos y que, luego, las agencias convierten en fenómeno masivo; ganga que se suele acabar cuando el país de referencia conforma su infraestructura a las necesidades turísticas. Bueno, esto no es totalmente cierto. El turismo actual es tan masivo que llega y llena todas partes. Los que se evaden en busca de nuevos escenarios son los audaces de siempre. Los que no tienen miedo a las pulgas, los que prefieren una playa solitaria a hoteles de lujo.

En la parte que me corresponde, confieso mi desatención al fenómeno turístico. No acabo de entenderlo. Mejor dicho, entiendo perfectamente su lado humano, pero no su intrínseco económico. Se me dice que los turistas traen divisas, que deben ser las monedas que cambian en la frontera o en los Bancos. Lo que yo no estoy tan seguro es de que esas monedas extranjeras vayan a parar a los españoles, en su representación estatal. ¿Qué proporción de la moneda cambiada se pierde en las cuentas suizas? En el mejor de los casos, entiendo que el turista cambia sus libras, dólares marcos o francos por pesetas y que luego dichas pesetas las gastan en naranjas, comidas y bebidas. O sea, que el turismo es una exportación que se come en casa, con lo cual no hay que pagar fletes, transportes y demás galas.

Sin embargo, nuestros teóricos de la economía no parecen entenderlo así. ¿Qué diferencia hay en que yo mande mil libros a América y me paguen en dólares a vender dichos mil libros en España y me paguen en francos? Resulta que la cautela oficial convierte las divisas del turismo en divisas muertas, que se atesoran, cuando lo lógico sería emplearlas en importar a nuestra vez todo lo necesario para renovar nuestras fábricas y estructuras.

Pero dejando tales extremos para gente más entendida, volvamos al lado humano. Yo creo que nuestro pueblo, que es hospitalario y cordial, empieza a cansarse un poco del turismo. Aglomeraciones, subidas de precios, avaricia de no pocos comerciantes, atascos en las carreteras, todo ello, ¿para qué? ¿Para que se forren los vendedores de «souvenirs», «boites» y

diversiones nocturnas? Porque no deja de ser un fenómeno curioso que el turista, cicatero hasta la exageración a la hora de gastar en comida o alojamiento, se deja desplumar por chucherías sin valor o diversiones más o menos «typical». El verdadero negocio del turismo no lo realizan los que se sacrifican todo el año, o hacen la verdadera labor social, sino los aprovechados de dos o tres meses, que alquilan una vieja casa o un sótano.

El pueblo ve todo esto. Ha perdido, en cierto modo, el respeto al amigo que nos visita. El logrero sólo ve un ganado que esquilar y el hombre de la calle a otros tipos como él, pero indiferentes, que no buscan confraternidad, ni traban amistad, que van a lo suyo y que después se marchan dejando la resaca. Se ha dicho que el turismo en España es social, eufemismo que encubre gente de poco pelo. Pero, ¿es que de verdad alguien cree que el camino es convertirnos en San Marino, Mónaco o Andorra? ¿Es que hoteles como los de Marbella, a tres mil pesetas diarias la dormida, son una solución nacional?

Pero sería muy simple elegir entre Insulas doradas para millonarios o inmensos campings para el turismo de masas. Supongo que ambas cosas pueden subsistir, pero lo que no veo es una solución literaria para el asunto. ¿Es que el turismo, como las mujeres honradas, no tiene historia? A lo mejor es que los novelistas no hacen vacaciones, o si las hacen, con sus cerebros navegando a toda vela, no lo parece. El caso es que nos estamos quedando sin un buen libro sobre el turismo. Un libro que no sea el Mayor, se sobreentiende.

A lo mejor, un día de estos me animo y pregunto a una Inglesita, «¿Y usted, por qué viene a España?»; a un sólido alemán, «¿le gusta a usted el gazpacho?». Pero lo dudo. Yo también hago turismo, pero no en España, lo cual es otro curioso problema. Nosotros, como lo tenemos en casa, para hacer turismo debemos ir a donde vienen «ellos». Lo cual no deja de tener cierta gracia y ser a modo de una explicación del asunto.

Tomás SALVADOR

## ¡NO PRECISA CONTABLE!

NI PAGAR IMPUESTOS PARA CONOCER SUS TANTOS POR % DE BENEFICIOS (BRUTO Y NETO) MENSUALES

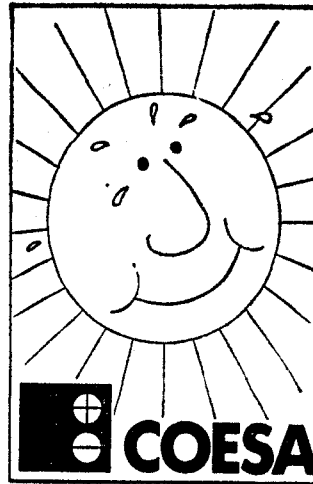
Nuestra Empresa le confeccionará cada mes: BALANCE DE SITUACION, CUENTA DE EXPLOTACION CON GANANCIAS Y PERDIDAS, GRAFICOS DE COMPRAS, VENTAS, ETC. que le entregaremos junto con el informe de nuestro Departamento Técnico que señalará las directrices para suprimir PERDIDAS y obtener una mayor rentabilidad.

INFORMESE SIN COMPROMISO:

**PACS**

Provenza, 216, 5.ª planta - Barcelona-11  
Teléfonos: 254.31.39 - 254.17.70

**SU FIJADOR MARIUS**  
FIJA Y NO ENSUCIA  
**¡NO SE TINA!**  
REGENERE SU CABELLO CON BRILLANTINA SVLIANA CONTRA LAS CANAS  
CASTELLVÍ - Hospital 72 - BARCELONA



**El verano pasado fué el último que pasó sin aire acondicionado**

Coesa División Industrial instala: Cafeterías, Bares, Snacks, Supermercados, Cocinas industriales, Autoservicios, Hoteles, Clínicas, Hospitales, etc.

Distribuidores de **Roca York**  
Marqués del Duero, 71. Tels. 242 33 00 - 242 70 00